

AGENDA CIUDADANA
NOSOTROS, LOS OTROS Y LA HISTORIA
Lorenzo Meyer

Un Tema Antiguo.- Transparencia Internacional (TI) acaba de hacer pública su evaluación anual sobre corrupción en el mundo. En esa materia, México saca 3.6 sobre 10 y el lugar 57 entre 102 naciones. La visión negativa de nuestro país a ojos del resto del mundo –y propios, también-- es un problema que lleva ya cinco siglos.

En el origen, los maestros de Salamanca fijaron los estándares de excelencia, luego, los diplomáticos, viajeros, periodistas y académicos de los países centrales y, al final T.I. Y sistemáticamente México ha resultado inferior a lo exigido.

Una Humanidad Diferente.- El imperio encabezado por Carlos V marcó el cambio de los clásicos a los coloniales, al imperio planetario. Al extenderse la estructura imperial europea a América, la parte más lejana al centro se convirtió en zona secundaria, útil para extraer riquezas, pero inferior.

Lo rotundo del triunfo español sobre las grandes concentraciones demográficas de nativos americanos, inevitablemente fue asociado por los vencedores a una superioridad no sólo científica sino moral. Tras el hecho consumado vino la búsqueda de legitimidad. Entre 1540 y 1560, en la Universidad de Salamanca, se discutieron las bases de la dominación de las Indias.

Al despuntar el siglo XVI y desde La Sorbona, John Major sostuvo, usando a Aristóteles, que a los habitantes del Nuevo Mundo se les podía considerar “esclavos por naturaleza”. Para Gonzalo Fernández de Oviedo “esta gente [los

indios] de su natural es ociosa e viciosa, e de poco trabajo, e melancólicos e cobardes, viles e mal inclinados...tienen el entendimiento bestial”. En opinión de Francisco López de Gómara, la azteca era una sociedad dominada por el demonio y José de Acosta definió a las civilizaciones americanas como la negación de la Ciudad de Dios y la encarnación de la Ciudad del Diablo. El resultado fue que la España cristiana estaba “obligada” a forzar sus valores a sangre y fuego sobre los indígenas.

La cristianización se convirtió en la razón moral del dominio español en América, pero antes fue necesario debatir más la naturaleza del cristianizado. El debate tuvo lugar a instancias del Emperador entre 1550 y 1551. Juan Ginés de Sepúlveda argumentó que los naturales de las Indias eran sólo “homúnculos”, similares a los “monos”, que sólo poseían “vestigios de humanidad”; fray Bartolomé de las Casas arguyó en contra y al final se impuso la idea de que los indios era parte de la humanidad, pero con un desarrollo moral inferior.

Pese a todo, en 1526 se inició un experimento que debilitó al supuesto oficial. En el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco --un centro de estudios superiores franciscano-- profesores de las universidades de París o Salamanca enseñaron con gran éxito a ciertos jóvenes de la nobleza india el Trivium y el Cuatrivium. Tlatelolco mostró que los indígenas sí podían asimilar y usar la educación más compleja de Europa, pero los que necesitaban mantener la idea de la inferioridad natural de los indígenas pusieron fin al experimento.

El Fin del Abrazo Colonial.- En la etapa final del período colonial en México, Alejandro de Humboldt, el observador externo más agudo e interesante del cierre del ciclo del colonialismo formal en México, dejó constancia de lo brutalmente

injusto de la sociedad novohispana –la distancia entre la minoría rica y la mayoría paupérrima derivaba de la concepción de la inferioridad de los nativos. Y al ser testigo en las minas del enorme y continuo esfuerzo de los indios desechó la idea de su degeneración física. Si bien aceptó que los eran “indolentes por carácter”, también supuso que al no estar gobernados por sus propias leyes, no podían desplegar su “energía natural”. La conclusión: “[e]n cuanto a las facultades morales de los indígenas mexicanos, es difícil darles su justo valor, si no se considera esta casta sino en el estado actual de envilecimiento en que la tiene una larga tiranía”.

El Fracaso.- Las rebeliones de independencia fueron, en parte, una reacción de ciertas élites criollas a la discriminación y marginación. Un ejemplo se encuentra en los escritos del jesuita mexicano exiliado en Italia, Francisco Javier Clavijero, que defendió la calidad de lo americano frente a lo europeo. Tras la separación de España, los criollos y mestizos consideraron peligroso incluir a las masas indígenas en los asuntos políticos de la nueva nación y mantuvieron la idea de su inferioridad.

La independencia trajo, entre otras cosas, un gran número de relatos de viajeros europeos y norteamericanos sobre el país (La mejor colección y estudio de estos relatos se encuentra en José Iturriaga, Anecdótico de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX, (4 Vols).

No hay, desde luego, unanimidad en el juicio de viajeros, diplomáticos, colonos, invasores o inversores externos sobre México y los mexicanos. Sin embargo, y en términos generales, vieron y evaluaron a la nueva nación desde el

supuesto de la superioridad europea o norteamericana. Desde luego, la propuesta de un “Destino Manifiesto” de los norteamericanos –la expansión y dominio de los norteamericanos sobre el antiguo imperio español en América por voluntad divina— resultó ser la expresión más acabada de ese sentido de superioridad.

La élite política y económica mexicana, y antes de que se consolidara como una oligarquía al final del siglo XIX, no fue aceptada como igual por los extranjeros imperiales y si objeto de desdén, burla y dura crítica. En efecto, viajeros, inversores soldados o diplomáticos, tendieron a poner el acento en la mezcla de arrogancia con ignorancia de los mexicanos dominantes y, sobre todo, en su corrupción e incapacidad para la construcción de instituciones estables que apoyaran el progreso e impidieran las interminables y costosas luchas internas.

Tomemos un ejemplo cualquiera; a Désiré Charnay, un inglés que entre 1857 y 1886 realizó cinco visitas a México. Para él, el mexicano se ha “[a]costumbrado a los cambios en materia de gobierno, el hecho consumado se vuelve ley; testigo celoso de fortunas escandalosas de algunos tratantes, falsificador desvergonzado de la moneda pública, la política lo pierde, la pereza lo corrompe y el juego lo deprava”. La condesa Kolonitz, que arribó en 1864 acompañando a la emperatriz Carlota, llegó a conclusión similar: “guerras civiles, cadenas de engaños, de codicia y de avidez, habían precipitado [a la nación mexicana] en la más profunda corrupción; donde los habitantes habían perdido no solamente las virtudes morales sino hasta el concepto de las buenas costumbres y la honestidad”.

La visión externa de lo esencialmente mexicano, el indio, va de lo condescendiente a lo abiertamente negativa, y siempre como un serio obstáculo al progreso. Esa imagen se acentuó con el correr del tiempo. Sin embargo, en un buen número de casos los observadores aceptaron que las condiciones y actitudes del indio no estaban en su naturaleza sino que eran producto de su sometimiento secular, pero se había llegado al punto en que se dudaba que, como comunidad, los indios pudieran ser rescatados. Así, Carl B. Heller botánico austriaco que visitó México en vísperas de la guerra con Estados Unidos, mostró una genuina admiración por el indio histórico --el creador de ciudades como Teotihuacán o Uxmal—, pero sintió repulsión por los indios vivos: “un montonsillo de seres miserables, tanto que se preferiría alargar la mano al primer animal y no al último hombre”. Para el cura Domenech, la mayoría indígena era ya simplemente “un amontonamiento de carne humana explotada, envilecida, sumisa, ignorante, supersticiosa, inerte e indiferente a todo, excepto a la lujuria, al juego y a la pereza”

Las posiciones de los diplomáticos son muy reveladoras, pues se les suponía observadores y evaluadores profesionales. Uno de los primeros y más célebres, Joel R. Poinsett --primer enviado de Estados Unidos--, advirtió que la ética de trabajo de los mexicanos de las clases populares, era la opuesta a la que requería un país moderno, “si tienen la suerte de ganar algo más de lo necesario para su subsistencia durante el día, se van a la pulquería y allí bailan, parrandean y se embriagan”, y concluyó: “ahí donde la naturaleza lo hace todo, el hombre se vuelve indolente [esto] es aplicable a este país y a este pueblo”.

Pax Porfirica.- Para fines del siglo XIX, las visiones europeas y norteamericanas habían cambiado frente a un México en orden y que decidió facilitar las inversiones extranjeras. La opinión foránea dominante en torno a Díaz y a la clase dirigente mexicana tomó rasgos positivos. Un ejemplo: en 1902 el ministro español aseguró que el presidente era “modelo de gobernantes, de patriotas, con su energía, con su aplicación constante, con el maravilloso equilibrio de su cerebro, ha conseguido lo que hasta él conseguir nadie pudo en los múltiples Estados Americanos de nuestro abolengo...ha inculcado en el ánimo de sus conciudadanos el respeto a la autoridad... [se le puede tomar] como tipo perfecto de Hombre de Estado”. La estabilidad autoritaria suavizó la visión del indio. A ojos de los ingleses, por ejemplo, el indio apareció como un grupo “fuerte y viril” pero cortés y deferente --un “verdadero Chesterfield”--, y Juárez y Díaz eran la prueba de que los indígenas podían llegar a estar en un plano de igualdad con los europeos.

¡Va para Atrás!- La caída del gobierno de Díaz fue una desagradable sorpresa tanto para los intereses extranjeros en México. La idea de introducir la democracia política en un país “no blanco”, fue vista con gran escepticismo. Hubo excepciones, y la más notable fue la del propio presidente norteamericano, Woodrow Wilson, que en 1913 aceptó intentar resolver “la cuestión mexicana” no por la vía de la dictadura militar sino de la democracia. Sin embargo, la opinión dominante fue bien ejemplificada por la escritora inglesa Ethel Tweedie. Para ella el golpe militar de 1913 se justificaba porque el presidente Madero había intentado “conducir el caballo mexicano con la suave rienda de la teoría constitucional, en

lugar de con el freno del autoritarismo salvaje con que la criatura había sido dominada”.

Tras la caída de Huerta, la desconfianza y desprecio de los europeos por los mexicanos quedaron retratados en un despacho del 19 de agosto de 1914 del enviado español para negociar con los dirigentes constitucionalistas, Manuel Walls y Merino. El enviado describió así la situación mexicana: “Aquí no hay pueblo, ni opinión pública, ni ideas políticas, ni nada más que odios y desmedidas ambiciones de unos cuantos vividores que han arrastrado a un pueblo imbécil a una revolución sangrienta y destructora de la riqueza del país y de los prestigios de la Nación”. Para el vicecónsul británico en Douglas, Arizona: “el elemento pensante en México es una proporción casi infinitesimal de su población” (27 de julio de 1918).

Los pocos juicios positivos sobre México, su pueblo y su revolución, provinieron de la izquierda, como los despachos de un joven periodista egresado de Harvard y que se integró al ejército villista en 1913: John Reed, quien en México insurgente legitimó con argumentos morales las razones del levantamiento popular.

Otro Cambio de Imagen.- Tras la creación en 1929 del que terminaría por ser el PRI, México entró en una etapa de estabilidad política sin rival en el mundo periférico. Y aunque no fue una estabilidad democrática, el país se redimió a ojos de europeos y norteamericanos. A partir de los años treinta del siglo XX, la imagen que de México se difundió en Estados Unidos y Europa ya no corrió a cargo de viajeros sino de diplomáticos, corresponsales de los grandes diarios, algunos residentes en México, y de académicos. Es entonces cuando aparecen

las obras de Ernest Gruening: “la administración de Calles era un paso adelante en la construcción de una conciencia nacional” y que quizá la reforma agraria haga pasar a México “de una nación de ciervos en una de pequeños agricultores independientes”. Frank Tannenbaum, Eyley Simpson y Marjortie Ruth Clark reforzaron esa visión.

La Nueva Inferioridad.- La estabilidad, la pérdida de filo del nacionalismo mexicano y el horror nazi, mandaron al basurero de lo “políticamente incorrecto” los juicios basados en la inferioridad racial de indios y mestizos. Sin embargo, el viejo sentido de superioridad moral de las grandes potencias no desapareció, sólo se transformó. Y saltó del campo de lo racial al de las instituciones. Desde entonces México es medido en función de la distancia que le falta para construir un “Estado de Derecho” similar al de los estados dominantes.

Final.- La mexicana es, finalmente, una sociedad que aún no controla la corrupción, ¡pero como molesta que durante cinco siglos la acusación haya ido acompañada de un estúpido sentido de superioridad imperial!